



UN PRIMO DE HERNAN CORTES

Allá por el año de 1552, en tiempos del virrey Luis de Velasco, el licenciado Juan Gutiérrez Altamirano, hijo de Ignacio y primo de Hernán Cortés, a quien acompañó en la conquista de Nueva España, obtuvo como repartimiento el pueblo de Calimaya y otros anexos en el valle de Toluca—tierra de toros—, con los que formó la hacienda de Atenco, a la que llevó, para poblarla, entre otro ganado, doce pares de toros y vacas de Navarra, con los que constituyó la base de la ganadería que pasa por ser la más antigua del país entre las de lidia, y que ha hecho famoso en el mundo taurino dicho nombre de Atenco. Por suerte para el toreo, que, como arte, no tiene fronteras, podemos decir, pues, que con los primeros colonizadores, con los propios conquistadores, fueron a América los primeros ganaderos.

En Atenco—que significa "junto al río"—se aclimataron y se reprodujeron pródigamente las reses llevadas por Altamirano, cuyos productos, aun habiéndose mezclado con otras criollas de la tierra, conservaron las características de la casta navarra originaria: poca alzada, rizosa cabeza y pinta predominantemente castaña.

De no haber sido por aquella feliz ocurrencia de Altamirano, es posible que hoy no existiera en México el toreo, porque su ganado cunero no hubiera servido para la lidia sin su cruce con el de sangre española. El toro criollo viene a ser como aquí el morucho, peor todavía, con un principio de bravura, pero difícil de lidiar, aunque parezca noblote, por su flojedad tendente a la mansedumbre, por su escasez de genio y de fortaleza para soportar el castigo, por su desigualdad en todo caso. Con el injerto de la ardiente sangre navarra se asentaron en firme los cimientos de la ganadería brava en México, y así, de Atenco es de donde salían en la época colonial los toros para las corridas con que se solemnizaban las festividades religiosas, la llegada de los virreyes o cualquier acontecimiento que diese motivo al regocijo popular.

Otros colonizadores siguieron después las normas trazadas por Altamirano. Verdad es que por aquellos tiempos tampoco había en España ganaderías expresamente dedicadas a la producción del toro de lidia, cuando aún el toreo consistía en rejonear a caballo y no se había establecido el de a pie; pero aquellas reses de nuestras viejas dehesas llevaban en sí el germen de la bravura, y al cruzarse con las criollas, de origen montaraz o cimarrón, que algo tenían también de bravas por naturaleza, dieron el excelente resultado de mejorar su casta y obtener productos aptos para la lidia. Además, algunas de aquellas reses trasplantadas se escaparon al monte o a la selva, donde se reprodujeron sin cautividad, y con ello se aumentó en cantidad y en calidad el ganado bravo del país.

En los archivos de la corporación que fué el Ayuntamiento de México durante varios siglos, existían los nombres de los ganaderos españoles, y el lugar de su residencia en España, que habían sido los vendedores de las primeras reses bovinas con que se formaron las vacadas mexicanas. Constaban en legajos difíciles de leer por la caligrafía de la época y de comprender geográficamente por haber cambiado de nombre la mayor parte de los lugares que en ellos se mencionan, y no especificaban qué camadas eran de reses bravas y cuáles no, pues todas en realidad habían sido enviadas allí para labores agrícolas o para abastecimiento de carne al mercado; pero se sabe que se trataba de reses procedentes de Castilla, Salamanca, Navarra y, en menor proporción, de Andalucía.

Esta obra de los colonizadores, sin embargo, dentro de su inmarcesible valor de creación de la casta brava, tuvo una lamentable consecuencia, irreparable hasta nuestros días: la de que, en sus mezclas sin ton ni son, las ganaderías del país llegaron a constituir un confuso y deleznable mosaico de caracteres, sin la pureza que da la unidad de origen y la similitud de evolución sanguínea.

Todavía en los albores del siglo XIX escribió José de la Tixería, para su obra "Las fiestas de toros"—no editada hasta las postrimerías de dicho siglo—, que "en los reinos de México, Lima y otros de la América española se crían toros de bastante alzada y bravos, aunque, para las varas, banderillas y estoque, de muy inferior valentía que los de nuestra Península. Los más feroces de ésta son superiores a los más bravos y fuertes de aquéllas". Y explicaba que "la principal causa física de semejante variedad consiste en la diferencia notable que hay entre aquellos y estos climas y en lo menos sustancioso de los pastos de allí". De lo que se derivaba que los toros americanos eran menos ligeros, revueltos y prontos que los españoles, por lo que con aquéllos se podían ejecutar suertes que aquí hubiesen ofrecido un riesgo casi inevitable.

Aquellas ganaderías cuneras no adquirieron, en verdad, mucha nombradía, hasta que, al irse disolviendo en el transcurso de los años, surgieron otras nuevas, en las que ya la afición y el entusiasmo de algunos criadores impulsieron la técnica precisa para la crianza del buen toro de lidia, que, con el refresco de sangre española, progresó de modo notorio. Lástima es que su posterior expansión creadora se haya visto frecuentemente dificultada por causas ajenas a la buena voluntad de propulsores: la prohibición de Juárez en 1867, la revolución iniciada en 1911, las derivaciones del problema agrario, la reciente fiebre aftosa... Pero esto ya se va muy lejos de nuestro propósito de concretarnos a la iniciativa colonizadora.

EL VENERABLE TATA VASCO

Vasco de Quiroga, nacido en 1470 en Madrigal de las Altas Torres—la cuna de Isabel la Católica—, que ejercía su profesión de letrado en Valladolid, pasó a la Nueva España como Oidor de la segunda Audiencia de México. Persona de relevantes virtudes, se le requirió para la sede episcopal de Michoacán siendo aún seglar, y en un mismo día le fueron conferidas las órdenes sagradas del sacerdocio y la consagración episcopal. Mucho trabajó en diversas actividades: en la administración de justicia, en la organización social de los tarascos, en la implantación de industrias en diversos

EL TORO DE LIDIA FUE LLEVADO A AMERICA POR COLONIZADORES Y MISIONEROS

pueblos, en la siembra de árboles frutales en los huertos de Michoacán... ¿Cómo no iba a incrementar la producción de ganado? Muy especial atención dedicó al fomento de esta riqueza en la hacienda de San Nicolás de Parangueo, que él fundara, y puede decirse que la ganadería nació en realidad en la comarca del valle guanajuatense de Santiago al llegar a ella el ilustrísimo y reverendísimo señor a quien todavía llaman los indios y los tarascos de hoy con el cariñoso apelativo de Tata Vasco.

No prefijamos que Vasco de Quiroga fomentase la crianza de ganado por afición a los toros; pero, sin proponérselo él, bien se le podría considerar como precursor de la ganadería de Parangueo, cuya procedencia como tal remontan algunos al año de 1544, anterior incluso a la de Atenco.

En la serranía y bosques cerrados de la hacienda de Parangueo—en Tarasco, "lugar rodeado de siete luminarias"—, que cubría la cuarta parte del aludido estado de Guanajuato, se criaban de muy antiguo, indudablemente, toros montaraces y de gran fuerza, que, por su aislamiento, habían adquirido una salvaje fiereza. Con esos y otros llevados posteriormente de España—de Navarra y se cree que también de Valladolid—se creó la ganadería cuya fama ha llegado hasta el presente, a través de reductorias divisiones, en la fracción de Quiriceo—"lugar rodeado de aguas"—, que hoy mantiene en su limitada área el prestigio nacido en la gran extensión donde se iniciara su formación cuatrocientos años atrás.

LOS MISIONEROS DEL ECUADOR

La crianza de toros bravos en el Ecuador también data de la llegada de los conquistadores, que fueron quienes llevaron auténticos toros de España a sus nuevas tierras. Con la curiosa circunstancia en este caso de que su más importante ganadería de lidia verdaderamente dicha—la de El Pedregal—debe sus orígenes a los misioneros que fueron a enseñar nuestra religión a los nativos.

Estos Padres misioneros fundaron en las ciudades sus iglesias y conventos, y, al lado de éstos, para el sustento de sus moradores, plantaron huertos, que trabajaban ellos mismos, y cuya guarda confiaron a temibles perros; pero los indios no los temían: asaltaban los huertos y se llevaban los frutos de los sembrados. En vista de ello, a los monjes se les ocurrió reemplazar a la guardia canina por vacas y toros bravos que importaron de España, cuya figura y bravura eran desconocidos de aquellos indios, para quienes el nuevo peligro resultó invencible.

A los efectos consiguientes, los misioneros cercaron los huertos con doble tapia, formando un callejón, de forma cuadrilátera, en cuyos ángulos quedaba cortado el paso, a fin de que las reses no se vieran ni se amadrinasen. Una de ellas colocada en cada callejón, pronta a embestir y atacar al menor ruido o movimiento que advirtiese, bastó para la invulnerabilidad del huerto.

Con el tiempo, esos animales procrearon, y sus descendientes se fueron criando entre bosques y campos fertilísimos, a distancia de pueblos y ciudades, casi abandonados de la vista y del cuidado del hombre, ya que se les temía y se ignoraba el trato que había de dárseles y la habilidad para engañarlos, imprescindible en la brega con semejantes fieras. Después, por las necesidades de la civilización, se dió valor a este ganado, se organizó el comercio, se adquirieron tierras, se formaron haciendas y se construyeron casas de campo, aprendiendo al paso lo que se ignoraba, y en ellas se criaron las ganaderías que todavía hoy abastecen al modesto mercado taurino del país.

OTRO CONQUISTADOR

Luis Alonso de Lugo llevó a la capital de Colombia los primeros vacunos—35 vacas y 35 toros—, en el mes de julio de 1543, cinco años después de fundada la ciudad, y cada uno de los cuales animales fué vendido en la cantidad de mil pesos oro.

De la mayor mansedumbre que bravura de ese ganado podría juzgarse por el viaje que hizo desde España y luego río Magdalena arriba, sin proporcionar a sus conductores ni la menor contrariedad. Pero el caso es que ya por entonces, fuera con descendientes de esos toros o con otros aborígenes, debieron de celebrarse en Colombia las primeras corridas al uso caballeresco español del toreo a la jineta.

No eran muchas las corridas formales con que en aquella época colonial se conmemoraban determinadas solemnidades; aun después, el toro "terrible y famoso" de que habló la propaganda no era sino un perfecto buey que hubiese dado alguna extraña muestra de bravura, aunque en la lidia se acobardase al infimo castigo de una banderilla, ya que no de puyas, que no se usaban todavía; más se corrían por las calles y en las plazas de los barrios toros generalmente enmaromados con una cuerda de cuero, que manejaba a caballo un experto "orejón", o "encandellados"—de fuego—, de lo cual se derivó la popular costumbre de la "vaca loca": todo ello no es óbice, a fin de cuentas, al hecho que nos importa de la intervención de los conquistadores españoles en la tarea fundacional de la ganadería colombiana.

De aquellos remotos años se tienen noticias fidedignas de la existencia del toreo en Colombia, acerca de las cuales no compete tratar aquí; pero si hemos de hacer mención, por curioso, del prodigioso suceso de que fué protagonista, hacia 1590, Luis López Ortiz, fundador del convento de la Concepción. Le ocurrió que, estando sentado en un banco detrás de la puerta de su tienda, instalada en el costado occidental de la Plaza Mayor, frente a la Catedral, se le llegó un toro de los que se estaban lidiando en dicha plaza y le puso el hocico en el hombro, "sin ofenderle en más que ensuciarle el vestido con espumas", y se volvió al lugar de partida. Es de suponer que el buen López Ortiz se librara de una embestida porque el susto le dejara de una quietud "tancredi!"...